

## *La unidad hispánica. Sueño y realidad*

*Carlos ROBLES PIQUER*

Este es un relato de un sueño que quizá no sea todavía una realidad pero que, en la mente de quienes lo disfrutaron y siguen —seguimos, a Dios gracias— todavía en este mundo temporal, mantiene viva una parte de su noble vigencia. Lo he escrito para complacer el deseo —que me fue expresado y mucho me honra— de que mi modesta firma apareciera en las páginas de *MAR OCÉANA*, esta buena revista del Humanismo Euroamericano con la que el admirable tesón del profesor Mario Hernández Sánchez-Barba enriquece la labor docente e investigadora de la Universidad «Francisco de Vitoria».

Corrían tiempos difíciles en nuestra Patria. Estábamos cerrando la primera mitad de los años 40 del siglo pasado y los españoles padecíamos, literalmente, el hambre y la pobreza que han quedado luego reducidos a grupos todavía por desdicha existentes pero ya muy minoritarios en nuestra sociedad actual. Entonces, era lógico que así fuera: nuestra terrible Guerra Civil había terminado pocos años antes pero había sido seguida por la II Guerra Mundial, la primera que pudo llevar en verdad ese nombre por desdicha para los millones de seres humanos que durante ella sufrieron la muerte o la mutilación en Europa, en África y en Asia. Esa misma barbarie universal impidió sin duda que la España antes desgarrada recibiera del mundo circundante la ayuda que debería haber paliado los efectos de su propia confrontación y de la barbarie consiguiente.

Quiénes éramos entonces niños no teníamos en aquello ninguna responsabilidad aunque pagáramos un parte del obligado precio. Ya como jóvenes, pudimos luego, por fortuna, recuperar parte de los años de estudio perdidos en la guerra gracias a la ayuda de los animosos profesores que nos acogieron en los Institutos o en los Colegios desde los que, más tarde, pudimos sortear la barrera del «Examen de Estado». Y un día, ya en la Universidad, después de leer lo que estaba entonces a nuestro alcance, coincidimos algunos en el descubrimiento de una América que desde luego no era la de Colón y los suyos pero que nos despertó

una ilusión comparable a la de aquellos ilustres navegantes. Esa lectura incluía, sobre todo, los textos de cuatro autores, de los que los tres últimos poseían en común su condición de vascongados y, por tanto, de españoles de primer clase. Hablo de Manuel, García Morente, de Ramiro de Maeztu, de Zacarías de Vizcarrá y de Ramón de Bastera. Tales lecturas y nuestras charlas sobre ellas nos condujeron a una convicción: debíamos lograr que la palabra de aquellos autores iluminados no permaneciera adormecida en las páginas de sus libros sino que fuera incorporada a la vida real de los pueblos a que ellos se referían, los que en Europa y en América, principal pero no exclusivamente, hablaban las lenguas de las dos grandes naciones ibéricas capaces de extender su cultura y su modo de vida por encima de los océanos. Tal como he contado en un libro que recientemente publiqué<sup>1</sup>, «decidimos pasar de la potencia al acto. Y sin preguntamos siquiera si tal cosa podría ir contra el rígido monolitismo del Régimen (como en verdad iba) creamos —¡en aquellos años, primeros de los cuarenta, casi recién acabada la guerra civil!— nada menos que unos Grupos de Agitación Hispánica que querían dar a los hispanos, en las dos orillas atlánticas, la conciencia de su propio valor y de la fuerza que debía otorgarles su unión». Como también en esas páginas recuerdo, alguien nos señaló el parecido de aquel nombre con el *agit-prop* soviético y cambiamos al definitivo, Grupos de Unidad Hispánica. Enseguida elegimos un jefe, José Luis Rubio Cordón, que por desdicha ya no está con los muy pocos que, hoy, podemos todavía contar como propia aquella gran esperanza.

La gran ilusión que en aquellos remotos años prendió en nosotros no ha desaparecido aunque, como es natural, ha experimentado cambios muy profundos. Hemos viajado (y algunos hemos vivido en él) por aquel continente que, a muchos, nos sigue fascinando (por su contenido) y donde la huella de España y Portugal continúa viva como una realidad imborrable pese a los múltiples ataques que ha recibido en los cinco siglos largos que ya nos separan de los años de las carabelas. La posesión común de un lenguaje universal y de una cultura que en él se expresa es un vínculo muy fuerte, imposible de destruir, sobre todo porque las diferencias lógicas en su seno no logran debilitar esa unidad sino que la reflejan en multitud de espejos. Al mismo tiempo, los ataques de diversas formas de ateísmo o la acción corrosiva de otras creencias religiosas no llegan, pese a la generosa financiación de que gozan, a captar más que a grupos minoritarios. Por

---

<sup>1</sup> CARLOS ROBLES PIQUER, «Memoria de cuatro Españas. República, guerra, franquismo y democracia.» Prólogo de Manuel Fraga Iribarne. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 2011.

fin, lo que fue una fuerte emigración desde la vieja España a las jóvenes naciones trasatlánticas no ha desaparecido pero se ha reducido mucho, mientras que no son pocos los hispanoamericanos que buscan hoy mejores horizontes en nuestro viejo solar. Por razones varias —entre las que no cabe olvidar la muy triste de nuestra Guerra Civil— somos no pocos los españoles que tenemos en aquellas naciones a los hijos y nietos de los hermanos que, hace ya más de setenta años, hubieron de abandonar su Patria por aquel doloroso motivo. Mi propia familia es un ejemplo de lo que acabo de recordar.

Es forzoso reconocer —y lo hago porque es justo— que el Régimen de Franco no fue insensible a la realidad hispanoamericana, sin duda el área del planeta donde nuestra Guerra civil había impactado con más fuerza, hasta el extremo de que los sucesivos Gobiernos de una nación de la importancia de México se negaron a reconocer a los vencedores y violaron así, hasta la llegada de nuestra Monarquía, aquella doctrina Estrada que llevaba el nombre de uno de sus diplomáticos más distinguidos. El franquismo contó con dos instrumentos sucesivos para cuidar del mundo iberoamericano: el Consejo de la Hispanidad primero, el Instituto de Cultura Hispánica después. Tuve la honra de trabajar en éste por invitación de su segundo Director General, aquella gran persona y muy querido amigo que se llamó Alfredo Sánchez Bella. Con toda la objetividad de que soy capaz —y creo que no es poca— debo decir que los muy escasos medios materiales que el Estado pudo poner a su disposición fueron bien aprovechados para tejer una red de amigos en la inmensa realidad iberoamericana y para editar revista y libros, para organizar Congresos especializados y para facilitar la llegada de profesores y estudiantes iberoamericanos a nuestras Universidades, sin aplicar en su selección otro criterio que el de calidad del invitado y su creencia en el vigor natural de los vínculos que unen a las distintas realidades políticas de nuestra Comunidad de pueblos. No me parece que una labor análoga sea hoy desempeñada por ningún órgano del Estado español, lo que digo con cierta tristeza.

Quizá procede ahora que dediquemos alguna atención al estado actual de aquella Comunidad de Pueblos Hispánicos o Iberoamericanos en la que, muy jóvenes, nos atrevíamos a depositar la esperanza de un mejor futuro para cada uno de sus sujetos. No hay duda de que se han producido aproximaciones a la deseable unidad que entonces era nuestra aspiración, estimulada por el contraste entre la debilidad del muy fragmentado mundo hispánico y el vigor de que alardeaba el coloso norteamericano. Al menos, han surgido varios grupos regionales que no pretenden anular las fronteras pero sí aspiran a superar su anterior

rigidez mediante medidas varias, al menos en las circunstancias de vida normal que deben predominar en tiempos de paz. Algo es esto, sin duda; pero mucho menos de lo que sería deseable. Como escribió en aquellos años uno de los más penetrantes autores hispanoamericanos sobre los procesos independentistas, el nicaragüense Julio y caza Tijerino, «en Centroamérica se llegó al ridículo de dividir a la joven nación, recién separada de México, en cinco minúsculas Repúblicas» a las que, por cierto, habría que añadir pronto la sexta, creada por los omnipotentes Estados Unidos para construir y controlar mejor el Canal de Panamá que —dicho sea en su honor— han entregado luego a la nación tan artificialmente creada.

En cuanto se refiere a nuestra propia implicación en el deseable proceso unionista, poco queda por hacer o aún por decir respecto a una eventual alternativa. España, como Portugal, ha tomado el único camino posible, que es el europeo. Actuando simbólicamente al mismo tiempo, y habiendo consolidado ambas naciones los modos de convivencia democrática que son regla *sine qua non* de este proyecto, hemos ingresado en esa Unión que es mucho más que un mercado aunque ésta faceta no sea desde luego desdeñable. Justamente, desde esta participación plena en lo que es nuestro ámbito natural por motivos que residen en la geografía y en la historia, podemos y debemos ayudar a que Hispanoamérica de pasos semejantes en el marco de su realidad geopolítica, sin duda con más vigor del que ella misma parece ahora poner en ese empeño. Un buen entendimiento entre estas dos áreas, la europea y la iberoamericana, sería sin duda un gran factor de estabilidad y progreso en un Planeta necesitado de la una y del otro. Además: en este año que conmemora ya el segundo centenario de las Cortes de Cádiz y de su Constitución, no estaría de más que los españoles meditáramos fríamente sobre las causas de que el Imperio que nuestros vecinos lograron construir en el Brasil mantenga su unidad como una sola nación soberana frente a la dispersión que ha golpeado a los cuatro Virreinos que el Reino de Castilla supo, durante tres siglos, mantener unidos en el otro margen del Atlántico. Un sereno examen de conciencia no es nunca un ejercicio inútil.

Deberíamos, por fin, prestar alguna atención al momento presente. Aunque el conjunto de las relaciones de España con las naciones soberanas de su lengua es bueno e incluso muy bueno, la excepción argentina debe causarnos hoy vida inquietud. Quienes creamos aquellos Grupos citados al comienzo de esta línea recordamos muy bien la euforia que desencadenó en España la visita de doña Eva Duarte de Perón, después de que Presidente hubiera contribuido a mejorar la alimentación de los españolitos de la base —nosotros mismos lo éramos,

desde luego— enviándonos cereales en buenas condiciones de pago. Mi recuerdo personales el de haber ido a manifestarme ante la Embajada Argentina en Madrid con otros muchos estudiantes... e incluso el de haber perdido un pantalón —un bien escaso en aquel tiempo— por una inoportuna caída callejera... Ahora, una Presidente con cierto estilo para-peronista nos ha herido con una nacionalización que parece injustificada pero que su Parlamento aprobó por gran mayoría, incluida la de los insultos a los perjudicados. Sabemos que el asunto ha de pasar por varios Tribunales. Pero a los que sobrevivimos, de aquellos animosos Grupos de Unidad Hispánica, un episodio como éste nos duele y nos entristece. Creemos, en nuestra juvenil ingenuidad, que la Unidad no se consigue mediante los pleitos sino mediante los esfuerzos conjuntos de aquellos pueblos a los que la Historia, intérprete de Dios, indujo a compartir rasgos imborrables de hermandad. Tal vez, hoy como ayer, seamos unos ilusos incorregibles, según dijo a fines del siglo XIX un humorista inglés: «El optimista proclama que vivimos en el mejor de los mundos posible, y el pesimista cree que eso quizá es verdad». Lo que es, sin duda, muy cierto es que nosotros, los de aquellos viejos Grupos Hispánicos, siempre hemos preferido vivir —y morir— en la esperanza.